

ANUARIO ARQUEOLÓGICO DE ANDALUCÍA 2015

BORRADOR / DOCUMENTO PRE-PRINT

Resultados de la A.A. Preventiva de Control Arqueológico de movimiento de tierras en la casa palacio sita en la calle Castelar n.º 26 de Sevilla.

Pablo Garrido González

Mario Delgado Canela

Jesús Rodríguez Mellado

RESUMEN: Se aportan los resultados de la primera fase de rehabilitación de una casa palacio para uso hotelero de lujo en el conjunto histórico de Sevilla. La combinación de control arqueológico de los rellenos del sótano y el análisis de estructuras emergentes han permitido reconstruir fielmente la historia del edificio desde fines del siglo XVIII a la actualidad.

ABSTRACT: *We show here the results of the 1st phase of restoration of an ancient palace as a luxury hotel at Seville's historic centre. The combination of archaeological monitoring and paramental analysis allowed us to reconstruct faithfully the history of the building from the late c. 18th until present day.*

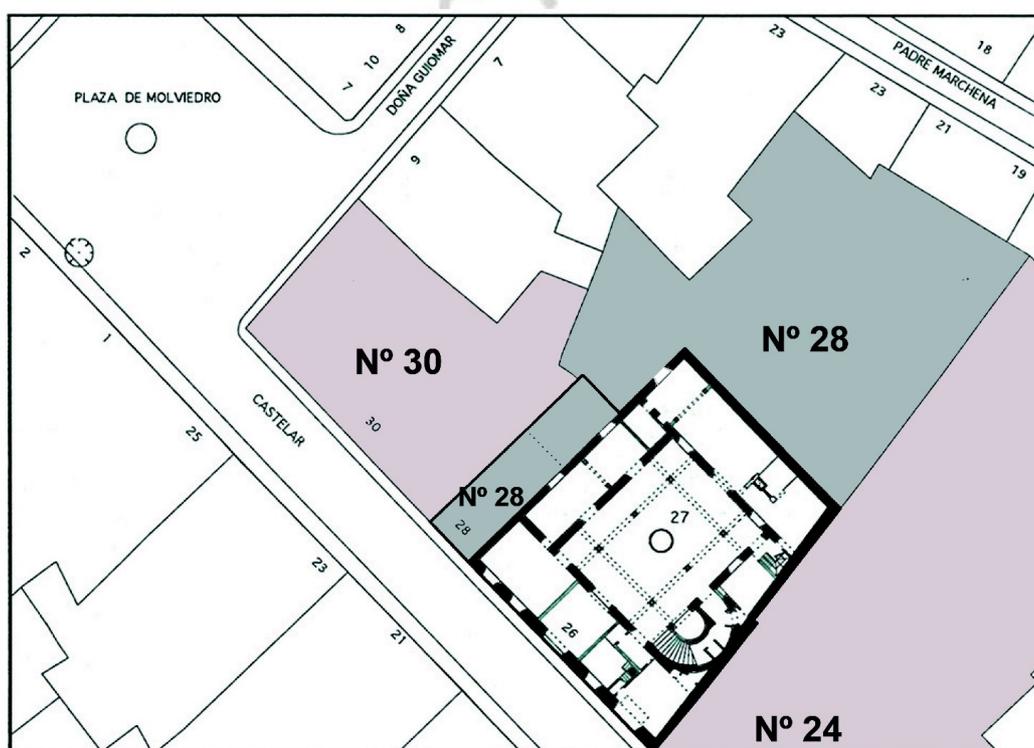


Figura 1. Ubicación del inmueble en la calle Castelar n.º 26 de Sevilla

1. Introducción. Resumen del proyecto constructivo y estado previo.

La intervención se realizó en una casa palacio de titularidad privada, adquirida por la entidad promotora para su rehabilitación integral y conversión en un hotel de alta gama. Este inmueble está situado en la calle Castelar nº 26, en el barrio del Arenal de Sevilla (Fig. 1).

El proyecto de obra contemplaba varias fases progresivas de consolidación estructural del inmueble anteriormente citado, para su conversión en un hotel. Dado que presentaba algunos problemas de conservación estructural, era necesario el refuerzo de los muros de carga de las crujías afectadas. Este refuerzo se ejecutó por medio del recalce de las cimentaciones hasta la cota en la que éstas se hallan, entre -0,60 y -0,80 m. bajo la rasante actual, de modo que ésta ha sido la cota máxima general de afección en la planta baja del inmueble, excepción hecha del sótano de servicio (*infra*). Todos los muros así reforzados fueron posteriormente anclados entre sí por medio de losas arriostrantes en patios y crujías, cuya afección sobre el subsuelo fue de entre -0,40 a -0,70 m. aproximadamente.

En general, la afección de recalces y refuerzos sobre el subsuelo ha sido de muy escasa entidad y por tanto no han supuesto en ningún caso ningún impacto importante sobre el sustrato arqueológico, al no sobrepasar la propia cota de cimentación original del inmueble.

La única excepción, como decíamos, fue la trasera del edificio, en la crujía NE del patio central del inmueble. En este caso estaba previsto ejecutar un sótano para albergar distintas instalaciones de servicios, cuya profundidad máxima ha sido de -3,50/-3,80 m, en una superficie de 120,82 m². También se incluyen en estos movimientos el hueco de un ascensor, inmediatamente al sur del sótano, y cuya cota de afección era algo mayor, para poder encajar la maquinaria (-4,50 m. aproximadamente).

En fin, el faseado de obra contemplaba en primer lugar el recalce de las cimentaciones y construcción del sótano, para pasar posteriormente a las cubiertas y al picado y mejora de paramentos, con el fin de reparar patologías y mejorar el acabado del edificio. Debido a que finalmente buena parte de estas labores se han ejecutado de modo simultáneo, y ya que la ficha del catálogo del PGOU establecía la necesidad de un análisis de estructuras emergentes, se realizó el preceptivo seguimiento del picado de paramentos, arrojando gran luz -en combinación con el control de movimiento de tierras y otras evidencias documentales- acerca de la historia material del edificio y, por extensión, de la calle y manzana en que se ubica.

2. Proyecto de intervención arqueológica.

La actividad arqueológica tenía por objetivo primordial documentar la existencia o no de restos arqueológicos en el área afectada por el movimiento de tierras del proyecto de obra. En caso de su existencia se debía caracterizar y documentar adecuadamente, obteniendo, en su caso, la secuencia de estratificación arqueológica, así como la documentación de las estructuras y depósitos arqueológicos existentes.

Pero las cautelas previstas para el inmueble en la ficha del catálogo también incluían un estudio y análisis de paramentos. Se aprovechó así la actividad para dejar cubierta también el necesario análisis de estructuras emergentes, para diagnosticar el origen y la naturaleza de los muros que iban a ser afectados por la rehabilitación. La documentación de los paramentos se realizó por medio de un levantamiento fotográfico para su registro y análisis técnico, así como su posterior dibujado y faseado en formato *.dwg*.

El método de registro de las diferentes *facies* e *interfacies* fue igualmente el sistema internacional de Harris.

3. Resultados.

Tal y como se ha mencionado en el apartado de metodología, lo que en principio debía ser un control arqueológico de movimiento de tierras, por circunstancias de la obra también incluyó la supervisión del picado de paramentos y el consiguiente análisis de estructuras emergentes.

Debido a las dimensiones del edificio, así como al carácter mayoritariamente homogéneo de las fábricas y fases documentadas, nos limitaremos a realizar una serie de valoraciones generales para cada uno de tales aspectos, a partir de varios ejemplos ilustrativos de cada planta, las fases edilicias del inmueble, con los alzados más representativos.

3.1. Control de movimiento de tierras.

3.1.A. Descripción de resultados y principales hallazgos. La actividad se desarrolló básicamente en dos frentes: el vaciado (entre -0,40 y -0,70 m) de todas las estancias de la planta baja para instalar las losas arriostrantes de hormigón, por un lado, y la excavación del sótano y hueco de ascensor en la crujía del fondo, por el otro (Lám. I).



Lámina I. Rebajes para losas arriostrantes (izqda./centro) y sótano de la última crujía (dcha.)

El rebaje para las losas arriostrantes, debido a su escasa incidencia, no ha arrojado resultado alguno, excepción hecha de las zapatas de cimentación del edificio y las atarjeas que surcaban el patio, ya destruidas en su mayor parte por las reformas de hace unos 15 años (Lám. I, izqda./centro).

Mucha más información ha arrojado, con diferencia, el vaciado del sótano de la última crujía, al haber bajado hasta casi 4 metros bajo la rasante (Lám I, dcha.). Por motivos de seguridad el vaciado del sótano se realizó en primer lugar rebajando 1 metro toda la estancia bajo el pavimento, y a partir de ahí, de forma controlada por medio de 10 bataches, uno de los cuales es visible en la Lám. I (dcha.).

Los hallazgos más relevantes han sido:

1) El sistema de cimentación del edificio original (Fase I, *infra*). Corresponde a las UU.EE. 114-117 y 121-127. El interés de estas cimentaciones reside:

-En primer lugar, cortan un relleno (UED 119), marcando la construcción del edificio original de la fase I (*infra*), entre fines del siglo XVIII y primer tercio del s. XIX.

-En segundo lugar, porque su potencia y calidad constructiva es francamente reseñable. Las cimentaciones de los muros de carga del edificio alcanzan una potencia de más

de 3 metros bajo la rasante (Lám. I., dcha.); además, se trata de una cimentación muy concienzuda, con tongadas superpuestas de mortero de cal y ripio de gran dureza. Estas cimentaciones adquieren un carácter especial sobre la cloaca (CUEs 137 y 141; *infra*), donde se ejecutan dos arcos de descarga en ladrillo (CUEs 126 y 139) que garantizan la solidez de los muros de carga del edificio (Fig. 2). Existe, por tanto, no sólo una planificación minuciosa y muy técnica del edificio, sino también una conciencia clara del carácter pantanoso y problemático del entorno (*infra*), además de la preexistencia de la cloaca, que en vez de ser destruida, es reconocida y mantenida en uso aun cuando ello suponga una complicación adicional.

-En tercer y último lugar, porque se distinguen claramente 2 tipos de cimentaciones: la de los muros largos de la crujía (en sentido NW-SE), y la de los muros cortos (en sentido SW-NE). Los primeros son los que realmente cuentan con una potencia de más de 3 metros y distintas tongadas de mortero de cal y ripio constructivo (Lám. I., dcha.), mientras que los segundos no sobrepasan los 2 metros (lo cual tampoco está mal), y además bajo la zapata de ladrillo apenas si hay algo de mortero mezclado con arcilla y ripio (Lám. I., dcha.). Esta diferencia creemos que se debe simplemente a que, en el caso de la sala en que nos hallamos, el peso de la carga de los forjados recae precisamente en los muros en dirección NW-SE, forjados por cierto que estarían originalmente a un lado y otro de los mismos, tanto hacia el patio actual, como a la parte trasera, hoy perteneciente al nº 28 (Fig. 1), pero que originalmente formó parte del mismo inmueble (Fases I-II, *infra*). Si a esto unimos la necesidad de cimentar sólidamente los muros salvando la cota necesaria hasta la cloaca (*infra*), no cabe duda de la obligación que los constructores tenían de llegar tan hondo.

Por otra parte, las cimentaciones también nos indican:

a. Los muros menores (es decir, en dirección SW-NE) de la estancia no cortan el relleno UED 119 (*infra*), sino que están construidos sobre éste. El muro occidental de la estancia no es medianero (Fig. 1), sino que pudo constituir fachada en la primera fase del edificio (*infra*), y aunque sus exigencias portantes no serían tan grandes, a cambio su zapata de ladrillo es mucho mayor; sin embargo, el muro oriental sí es medianero (Fig. 1) y su cimentación es mucho más somera y deleznable (1-1,5 m.).

b. Los muros de carga transversal (NW-SE) no sólo cortan, merced a su mayor potencia y capacidad portante, la UED 119 (*infra*), sino que además se adosan al muro medianero oriental, el que da al nº 24 (Fig. 1), como por cierto confirma el análisis paramental para todas las demás plantas hacia arriba (*infra*).

Por tanto, de aquí ya podemos inferir inequívocamente que el edificio de Castelar 26 es posterior *al menos* al nº 24 (Fig. 1), pese a las notables reformas y transformaciones experimentados por aquél que lo hacen *parecer* más reciente. La relación con el nº 30 (Fig. 1) es más compleja, debido a la calle que primitivamente discurría entre ambos (*infra*), pero en todo caso la reforma de la fachada ejecutada durante la Fase II (*infra*), también se apoya en la medianera occidental, de forma que la casa palacio actual es necesariamente posterior al nº 28, al menos en lo que respecta a las Fases II-III del edificio (*infra*).

Así pues, si hubo un edificio anterior, desde luego no fue éste y tuvo que ser demolido antes de la construcción del actual, que en todo caso fue el último en ser erigido en su sector de la calle. Esto ya podemos afirmarlo porque el estudio paramental (*infra*) certifica además que los muros de carga de la crujía posterior donde se ha ejecutado el sótano corresponden a la Fase I del inmueble (*infra*), y que todos ellos (tanto en la planta baja como en la primera y el ático) desde la fachada al fondo del edificio, apoyan *al menos* en la medianera del nº 24. Es más, la documentación histórica recopilada por F. Ollero confirma que éste fue el último solar en ser adquirido en la calle (Ollero, 2012: 112).

Pero la secuencia edilicia recién mencionada no soluciona la fecha exacta de la primera construcción del edificio (Fase I). Por suerte el relleno UED 119, clave además por sus relaciones estratigráficas con la cloaca y con los muros recién mencionados, aporta algo de luz sobre el asunto.

2) La UED 119. La UE 119 es la única deposicional de interés; se trata de un relleno limoso de color parduzco, con alto contenido orgánico y presencia moderada de material cerámico. En su mayor parte aparece entre -1/-1,10 m y -2,00 m, bajo la UE 118, que es otro relleno limoso oscuro que constituye la base de nivelación sobre la cual se construyeron los pavimentos de la Fase I (*infra*). Esta unidad estratigráfica es la única que ha aportado algún repertorio cerámico de escasa importancia, que al menos nos orienta sobre la cronología.

El repertorio material de la UED 119 es bastante amplio cronológicamente hablando, ya que encontramos ollas, cazuelas, platos, tapaderas y bacines cuya factura nos sitúan genéricamente entre mediados del siglo XVIII e inicios del siglo XIX. La mayor parte del repertorio son tapaderas, lebrillos y cazuelas sin ningún tratamiento, pero por fortuna aparecieron escasos fragmentos de producciones sevillanas de loza vidriada en azul sobre blanco y bacines sin asas. Uno de los platos de ala ancha es datable a mediados del siglo XVIII; los bacines de ala ancha y sin asas arrancan, en cambio, generalmente a principios del siglo XIX, aun cuando su producción podría comenzar también a fines de la centuria precedente (Ruiz Gil, 2010).

El repertorio heterogéneo de la UED 119, unido a una presencia abundante de material orgánico y restos de fauna, nos sugiere la presencia de un basurero, o incluso una posible huerta o espacio similar, en el solar de la casa actual hasta al menos mediados del siglo XVIII. La escasa potencia de la UED 119 (unos 80-85 cm) puede deberse, bien a un corto ciclo de deposiciones, bien a que su parte superior desapareció al realizarse la explanación del solar para la construcción de la casa, y con ella, posiblemente materiales incluso algo más recientes. Como veremos, este sector intramuros de la ciudad corresponde al llamado *Compás de la Laguna (infra)*, antigua mancebía de la ciudad y zona inundable y pantanosa hasta su saneamiento en época del Asistente Pablo de Olavide (*infra*). Este carácter pantanoso encaja bien con la textura limosa de las UU.EE 118 y 119, y funcionalmente se adecuaba asimismo a su carácter de vertedero o muladar.

En todo caso, puesto que la UED 119, e incluso la UED 120 situada debajo, fueron cortadas por las cimentaciones de mayor potencia, todo esto nos sitúa en el último tercio del siglo XVIII como término *post quem* para la construcción de la casa en su primera fase (*infra*). La valoración conjunta, por tanto, del repertorio cerámico de la UED 119, más sus relaciones estratigráficas con los muros que la seccionan, indican que la fecha de construcción de la casa palacio de Castelar nº 26 debe situarse con la mayor probabilidad a finales del siglo XVIII, sin menoscabo de la hipotética existencia de un edificio anterior a esa fecha que fuera demolido para ejecutar el inmueble actual, lo cual parece improbable por las evidencias estratigráficas recuperadas.

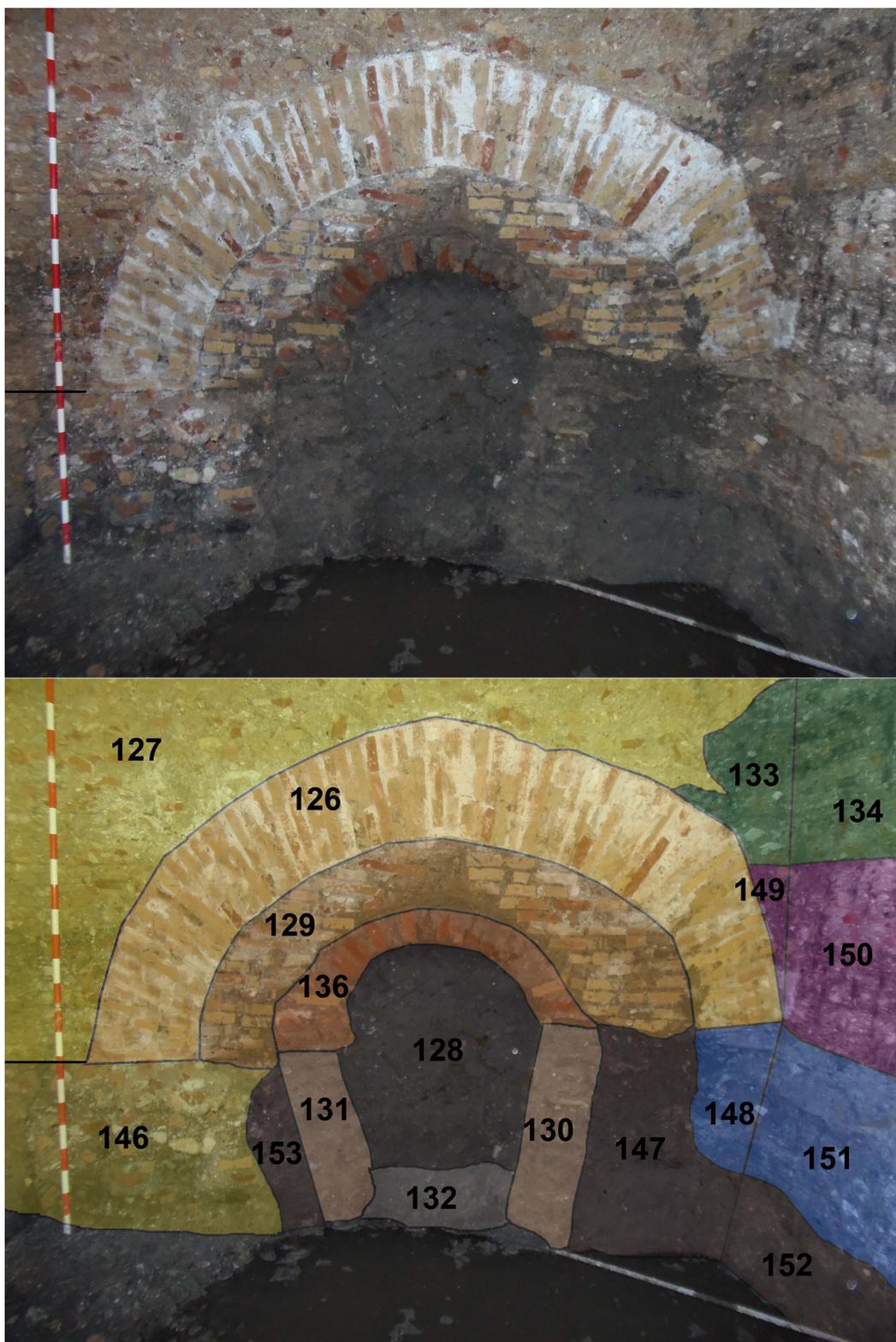


Figura 2. Sección de la cloaca bajo las cimentaciones de los muros de carga y principales relaciones estratigráficas

3) Cloaca. En paralelo al muro medianero con la casa nº 24 (Fig. 1), prácticamente al pie de su cimentación, discurre una cloaca de ladrillo cuya factura y dimensiones hicieron descartar de inmediato que se tratase de la atarjea de un pozo negro doméstico. La cloaca apareció en la crujía del fondo y en el hueco del ascensor¹.

La cloaca aparecía bajo la UE 119, mientras que la UE 120 fue seccionada por ésta durante su construcción. Esto significa no sólo -por razones obvias- que la cloaca es anterior al edificio, sino que su construcción debió producirse en algún momento de la segunda mitad del siglo XVIII como tarde.

La cloaca presentaba una fábrica de ladrillo tanto en sus paredes (UU.EE. 130-131) como en la cubierta abovedada (UE 136) (Fig. 2). El canal estaba cimentado sobre una cama de cantos rodados de tamaño mediano (UE 132), y se encontraba totalmente colmatado con cieno limpio y fino (UE 128) (Fig. 2). Este relleno parece más propio de una cloaca de drenaje que de aguas fecales, y de hecho nos parece dudoso que un canal de estas dimensiones fuera dedicado en el siglo XVIII a tales fines.

Sus dimensiones son muy notables: su anchura máxima interior (en la conexión entre las paredes y la bóveda) es de 0,90 m., por 0,72 m. en su base. La altura del canal entre su suelo y la clave de la bóveda es de nada menos que 1,07 m. Los ladrillos de la bóveda tienen 0,18 m. de anchura, algo típico del módulo de los ss. XVIII-XIX.

La entidad de esta cloaca en principio no parece corresponder al saneamiento de una calle, ya que parece excesiva para tal fin, al menos, insistimos, para el periodo contemplado. Ahora bien, la secuencia estratigráfica no deja lugar a dudas: fue construida a cielo abierto, cortando los limos de la UE 120 (= UU.EE. 147-152 y 153 en la Fig. 2). Posteriormente fue recubierta y colmatada por la UE 119 (= UU.EE. 149-150 en la Fig. 2). Esta misma secuencia aun muy alterada, es visible en la Fig. 2.

Las UU.EE 147-152-153 (=120) fueron cortadas por la construcción de la cloaca. A su vez, esta UE 120 fue seccionada también por las UU.EE. 148-151. Aunque en la Fig. 2 parezca que la UE 151 queda bajo la UE 150, ello no es así, sino que es fruto del efecto óptico de hacer la foto en la esquina, además de que ese perfil aún no estaba totalmente en vertical y, tras el picado para instalar la pantalla de hormigón, la UE 151 desaparecía completamente a

¹ Posteriormente se ejecutó una segunda fase de reforma del edificio, con un nuevo sótano que confirmó la aparición de la cloaca también en la primera crujía (López et al. 2015).

favor de la UE 152 (=120). Se aprecia claramente, en todo caso, que las UU.EE. 148-151 son el relleno de mortero y ripio de la zanja de cimentación del arco de descarga UE 126, que se proyectaba 40 cm. desde la vertical del muro hacia fuera, y que, una vez picado, dejó el rastro visible en la fotografía.

De hecho, todo indica que cuando se construye la casa se plantea no sólo descubrir y mantener la cloaca en funcionamiento, sino asegurar que la nueva construcción no la afectase. Por eso se planifica una cimentación muy sólida, de forma que tanto los cimientos UE 127 como el arco de descarga UE 126 dejen caer la mayor parte del peso sobre la UE 146, que a su vez debía aliviar la presión ejercida sobre la cloaca por ese costado, que fue sobreexcavado para tal fin, aunque sin llegar a dejar expuesta la pared de ladrillo, como testimonia la UE 153 (=147=120). Por si acaso, un paramento de ladrillos a soga y tizón trabados con barro (UE 129) fue construido entre la bóveda de la cloaca y el trasdós del arco UE 127, sin duda para distribuir mejor la presión (Fig. 2).

Todo lo descrito implica necesariamente:

-Que la cloaca, al seccionar las UU.EE 147-152-153 (=UE 120) fue construida antes que el edificio anejo, el nº 24 (Fig. 1), ya que la cimentación del muro medianero que le pertenece (UU.EE. 133-134) está asentado claramente sobre las UU.EE. 149-150 (=UE 119), que a su vez cubría la cloaca (Fig. 2).

-Que, por tanto, la cimentación del muro medianero de la casa nº 24 (UU.EE. 133-134) es posterior a la cloaca y anterior a los muros de carga transversales del nº 26 (cimentaciones UU.EE.126 y 127), que se le adosan (*supra*). Aprovechamos para aclarar que la proyección de la UE 134 que se aprecia en la Fig. 2 es en verdad la misma zapata de cimentación del muro medianero, que al ser picada para encastrar la pantalla de hormigón queda de esa forma, no siendo en ningún caso los restos de una cimentación precedente que viniera de ese lado trabando con la medianera; al contrario, lo que ilustra es cómo toda la nueva cimentación de la casa nº 26 adosa, o mejor dicho, se apoya, en esa medianera.

-Que, en suma, toda la cimentación masiva de más de 3 metros de profundidad (UU.EE. 126, 127 y 146) (Fig. 2) secciona toda la estratigrafía precedente hasta la cloaca, y por tanto representa el último momento constructivo de la secuencia, que coincide además, por edilia, con la Fase I de la casa palacio (*infra*).

Es más, que adaptaron toda la cimentación no sólo a la cloaca preexistente, sino al muro medianero, queda aún más patente por la forma quebrada del arco de descarga UE 126, que es corregido en un ángulo forzado para asentarlo sobre la cimentación UU.EE 148-151 sin socavar en exceso las UU.EE. 149-150 y, sobre todo, 133-134. Esto es incluso más patente en el otro muro de carga que atraviesa la cloaca, donde el arco de descarga apoya directamente en los rellenos bajo la cimentación del muro medianero.

En fin, el resto de la cimentación, la UE 127, claramente se construyó no sólo sobre el arco de descarga UE 126 y la UE 146, sino apoyando en la zapata de cimentación del muro medianero (UU.EE. 133-134), confirmando, una vez más, que toda la casa palacio adosa -incluso apoya- su cimentación al menos sobre el muro medianero de la casa nº 24.

3.1.B. Primeras conclusiones: la secuencia estratigráfica del sótano en el contexto de la calle Castelar. La secuencia estratigráfica del sótano ya clarifica por sí misma buena parte de la historia del inmueble, su cronología inicial y su relación con lo que, al menos en el tercio central del siglo XVIII, debía ser un espacio abierto. Un espacio abierto necesario para construir en trinchera la gran cloaca de drenaje que, una vez cubierta, devino en algún tipo de vertedero o muladar, sobre el cual se construyeron las primeras casas del entorno y, unos años más tarde y en último lugar, la casa nº 26 objeto de nuestra intervención. Reiteramos que la documentación histórica así lo confirma (Ollero, 2012: 112).

Respecto a la naturaleza, funcionalidad y cronología exacta de la cloaca, creemos, como hipótesis de trabajo, que se trata de una cloaca de drenaje instalada en época ilustrada, antes, durante o poco después de Pablo de Olavide (años 60 y 70 del s. XVIII), para desecar la zona pantanosa de la antigua mancebía de Sevilla, rehabilitada, saneada y reformada en este periodo precisamente. Tal vez la cloaca se construyese como primera etapa de la reforma del barrio de la Laguna, de la que hablaremos más adelante (*infra*).

El análisis de la cartografía histórica desde 1771 (Cortés *et al.* 1992) nos muestra la evolución del sector de la calle Castelar y actual plaza de Molviedro. Existe, coincidiendo con el solar del nº 26, una calle que entre 1771 y 1848 se va estrechando hasta desaparecer, como muy tarde, entre 1860 y 1868 (Figs. 8-11). Pese a la precisión relativa de estos planos antiguos, es difícil concretar del todo el ancho original del espacio abierto que existía entre los

actuales nº 24 y 30. En el plano de Olavide (Fig. 8) (Cortés *et al.* 1992) presenta, en su lado más estrecho, una anchura de entre 20 y 25 varas castellanas, que si usamos la medida estándar más frecuente (0,83 m), nos arroja una calle de entre 17 y 21 metros de anchura, similar a la de la propia calle Castelar -por entonces recién abierta- y muy superior a la de otras del entorno inmediato. En su lado más ancho, oscilaría entre las 30 y 35 varas, es decir, entre 25 y 30 metros de anchura, ya que la calle aparece en estos planos de forma claramente irregular, más bien, como una especie de adarve o placeta (Fig. 8, *infra*), lo cual coincide asimismo con algunas de las medianeras fosilizadas entre las casas actuales (Fig. 1).

Todo indica, por tanto, que este espacio se fue colmatando progresivamente (Figs. 8-11), hasta la reforma definitiva de mediados del siglo XIX, para cuando la casa palacio sufrió profundas reformas (Fig. 10, *infra*). Quedaría sólo pendiente de confirmar en el futuro si existió o no otro inmueble ya en la época de Olavide o algo antes (ca. 1730-1760), que, o bien fue totalmente demolido antes de la construcción del actual a finales del siglo XVIII, o si más bien la calle que aparece en los planos históricos se fue estrechando con la primera construcción de la casa palacio (Fase I) hasta su total colmatación en la Fase II, coincidiendo con la reforma integral de la plaza de Molviedro (Figs. 8-10, *infra*).

A decir verdad, la anchura de la calle existente entre los actuales nº 24 y 30, tanto en el primer plano de Olavide como en los posteriores, es similar o idéntica al ancho de la actual calle Castelar -lo cual corroboraría la estimación mínima de entre 17 y 21 m que acabamos de realizar-, de modo que lo más probable es que la casa de la Fase I fuera la primera estructura construida en el solar a finales del siglo XVIII, aunque aún se dejó espacio para un estrecho callejón (Fig. 9) que, este sí, debió durar hasta los años 50 del siglo XIX o, como máximo, la reforma de la plaza de Molviedro unos pocos años después (*infra*).

En definitiva, la combinación de estratigrafía con cartografía histórica, así como la propia forma del parcelario y la disposición de la cloaca en paralelo al muro medianero del nº 24 -el único oblicuo de toda la calle actual, por cierto-, nos permite, por el momento, concluir que:

-La casa nº 26 fue la última en ser construida, al menos a este lado de la calle.

-La fase inicial del edificio es datable entre fines del siglo XVIII y principios del siglo XIX, según los rellenos y la secuencia estratigráfica recién descrita (*supra*).

-El ancho del adarve, la calle -o, cuando menos, espacio abierto- que existió entre los actuales números 24 y 30, es incompatible con ningún tipo de construcción que colmatase *en su totalidad* el solar actual durante el último tercio del siglo XVIII (Figs. 8-9, *infra*). Tanto los rellenos documentados, como la cloaca, apoyan lo reflejado en la cartografía histórica (Cortés *et al.* 1992). Lo que sucede es que, entre el plano inicial de 1771 y el de 1868 -el primero de la serie histórica en que la antigua calle ha desaparecido totalmente-, existen una serie de mapas intermedios que parecen reflejar el estrechamiento progresivo -pero no desaparición total- de la susodicha calle (Cortés *et al.* 1992). Seguramente en un primer momento se construyó un edificio (Fase I; Fig. 9, *infra*) que, como veremos a continuación, aún no ocupaba el ancho completo de la calle primigenia, dejando un estrecho callejón o adarve -el actual acceso al nº 28- que sólo desaparecería durante la Fase II (Fig. 10, *infra*), coincidiendo con la reforma de la plaza de Molviedro.

Todo esto, ya adivinado a través de la estratigrafía del sótano, quedó mucho más claro a partir del análisis de estructuras emergentes.

3.2. Seguimiento del picado de paramentos y análisis preliminar de estructuras emergentes.

3.2.A. Principales facies y rasgos edilicios. Ya se ha mencionado reiteradamente cómo la deriva de la obra de rehabilitación motivó que, al control arqueológico de movimiento de tierras original, se le añadiese, en gran parte de forma sincrónica a aquél, el seguimiento del picado de paramentos y el consecuente análisis de estructuras emergentes.

Hemos planteado para el presente artículo un recorrido por las distintas edilicias documentadas en el inmueble, su correspondencia *grosso modo* con las tres fases principales del edificio y una visión general de la casa palacio en su contexto, ya con toda la información, la del subsuelo y la de los alzados, valorada conjuntamente respecto a la documentación histórica (sección 4, *infra*).

Lo primero que se apreció de forma inmediata al picar los paramentos, es la existencia de tres grandes edilicias que, no siendo las únicas, explican de forma muy coherente la historia material de la casa. El número de reformas totales o parciales, parches, reparaciones, instalaciones... es elevadísimo, pero ante todo las tres edilicias principales son las siguientes:

-*Edilicia tipo 1.* Es la mayoritaria, el alma principal, la de los muros portantes del edificio, desde la fachada hasta la -actualmente- última crujía, donde ya hemos visto cómo cortan los rellenos precedentes hasta la cloaca y se adosan a la medianera de la casa nº 24 (*supra*). Se caracteriza por el uso de ladrillos a soga y tizón trabados con un mortero pobre en cal y más rico en arcilla, aunque el resultado final es muy sólido. Las llagas entre ladrillos oscilan entre 1,5 y 2 cm. de media. Los muros son de entre 70-80 cm. de espesor, macizos en ladrillo y sin que se haya documentado en ningún punto del edificio el uso del tapial, ni en grandes lienzos ni en pequeños cajones. Con todo, esta edilicia presenta de forma muy ocasional algún mechinal aislado.

Las dimensiones de los ladrillos son bastante constantes entre:

- Largo de 27,5 a 29 cm., aunque la mayoría son de unos 28 cm.
- Ancho de 13 a 13,5 cm., siendo 13 cm. la dimensión más frecuente.
- Canto de 4 a 5 cm., con la primera cifra como espesor más habitual.

Por tanto, dentro de estas oscilaciones, el módulo de ladrillo mayoritario en esta edilicia es de 28 x 13 x 4 cm.

Otros rasgos de esta edilicia son de un aspecto estrictamente arquitectónico, destacando el uso de arcos rebajados de ladrillo y, sobre todo, tipo carpanel abocinados. Es más, las puertas y ventanas abocinadas, corregidas o no posteriormente, son el rasgo más característico de esta fase edilicia.

Merced a la combinación entre la estratigrafía del sótano, la materialidad de la fábrica y la documentación cartográfica histórica, hemos identificado esta edilicia con la Fase I de la casa palacio, ca. 1775/1800-1860 (*infra*).

-*Edilicia tipo 2.* Muy similar a la anterior, apenas si se diferencia por un mortero con mayor cantidad de cal -y por tanto algo más blanquecino-, un módulo de ladrillo ligeramente divergente y unas llagas de 1,5 a 2,5 cm. (por tanto, en general algo mayores a la anterior). Esta fábrica también carece totalmente de tapial y no se ha documentado ningún mechinal.

Las dimensiones de los ladrillos oscilan entre:

- Largo de 26,5 a 28 cm., con mayoría de 27 cm. de media.
- Ancho de 12,5 a 13,5 cm., predominando los 13 cm. de media.
- Canto de 3,5 a 4,5 cm., por lo general de 4 cm.

El módulo mayoritario es por tanto de 27 x 13 x 4 cm. Gracias a que el largo dominante es diferente, y a que el mortero varía ligeramente, es claramente distinguible de la edificación tipo 1, aun admitiendo ciertos problemas de identificación en ciertos puntos del inmueble.

Son propias de esta fase edificatoria los arcos rebajados y sobre todo adintelados, con tendencia a suprimir ocasionalmente los abocinados precedentes de puertas y ventanas, forzando y picando la fábrica anterior cuando fuera necesario.

Siguiendo el mismo criterio que para la edificación tipo 1, la edificación tipo 2 corresponde con la Fase II del inmueble (*infra*), datada entre ca. 1850 y 1900/1930, siendo la de mayor calidad de las tres aquí contempladas.

-*Edificación tipo 3.* Muy diferente a las demás, en general se nos presenta de nuevo como una fábrica maciza a soga y tizón, aunque en ciertos puntos los ladrillos aparecen de canto tapiando vanos anulados o, incluso, a soga y tizón tapiando vanos pero dejando un gran hueco vacío en el centro. Es por tanto una edificación de bastante peor calidad que las dos anteriores.

El mortero es, en cambio, de mayor consistencia y con abundante cal, combinada ocasionalmente incluso con cemento, pero en general su aspecto es mucho más blanquecino que el de las edificaciones 1 y 2. Las llagas entre ladrillos son aún mayores, debido sin duda a la mayor solidez del mortero, oscilando entre 2,5 y 3 cm. de media.

Las medidas más frecuentes de los ladrillos son:

-Largo de 25 a 28 cm., con la mayor frecuencia 25,5 cm.

-Ancho de 13 a 14 cm., generalmente 13.

-Canto de 2,5 a 3,8 cm., en su mayoría de 3 cm.

El módulo más frecuente es por tanto 25,5 x 13 x 3 cm.

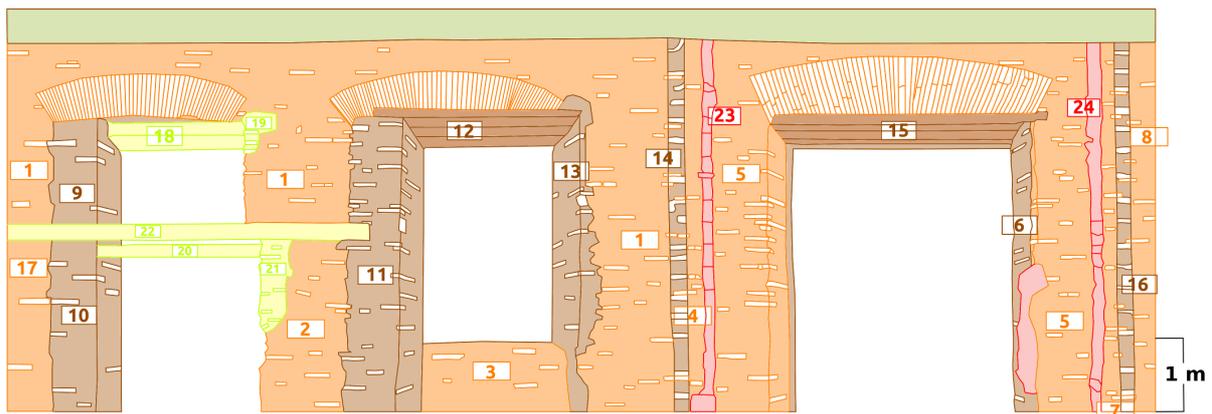
En esta fase, se suprimen por completo los abocinados de arcos, puertas y ventanas, se recubren de carpintería todos estos cambios, e incluso se colocan de forma sistemática nuevos dinteles de madera en la inmensa mayoría de los vanos, nuevos o viejos, del edificio, picando previamente las fábricas de las edificaciones 1 y 2.

La edificación y la propia secuencia histórica nos sitúan claramente en el primer tercio del siglo XX (Fase III, *infra*), de modo que la datación de esta reforma queda enmarcada en un

arco impreciso entre 1900 y 1930 como máximo, aunque muy posiblemente date más bien de los 10 primeros años del siglo XX.

-Otras edilicias. Más allá de estas tres edilicias principales, que marcan por cierto las tres grandes fases constructivas de la casa palacio, existen innumerables horizontes de reformas, reparaciones y parches que, bien constituyen fases intermedias entre las tres edilicias descritas, bien, en su mayoría, corresponden a labores de mantenimiento o instalaciones (eléctricas, fontanería...) del edificio entre 1930 y la actualidad. Aquí podríamos incluir la reforma de hace unos 10-15 años, que tantos destrozos causó.

Estos cambios aparecen, en los montajes que veremos a continuación, bien sin mención alguna o identificados con colores más estridentes, bien bajo la cifra nº 4, incluyendo también aquellos ya ejecutados en la reforma actual (por ejemplo, el tapiado de ciertos vanos con ladrillos de taco recién adquiridos).



PRIMERA CRUJÍA. PLANTA BAJA (INTERIOR DEL MURO DE FACHADA)

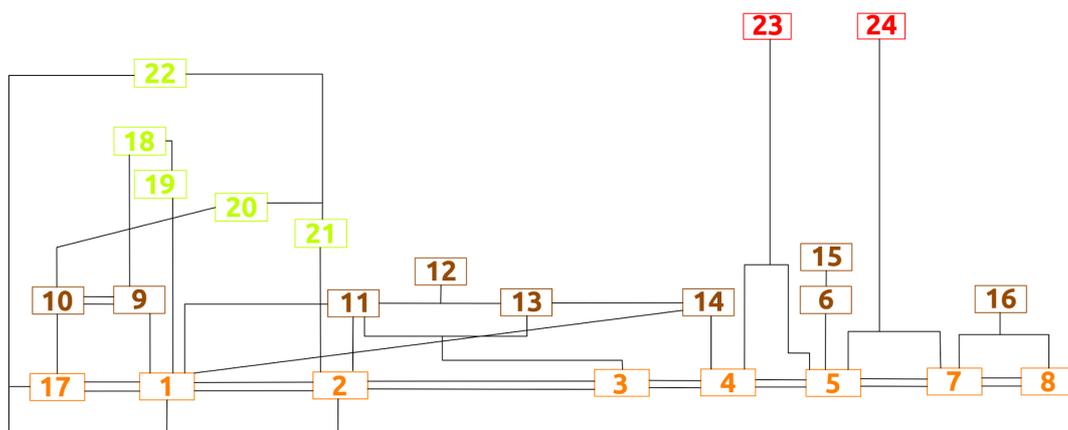
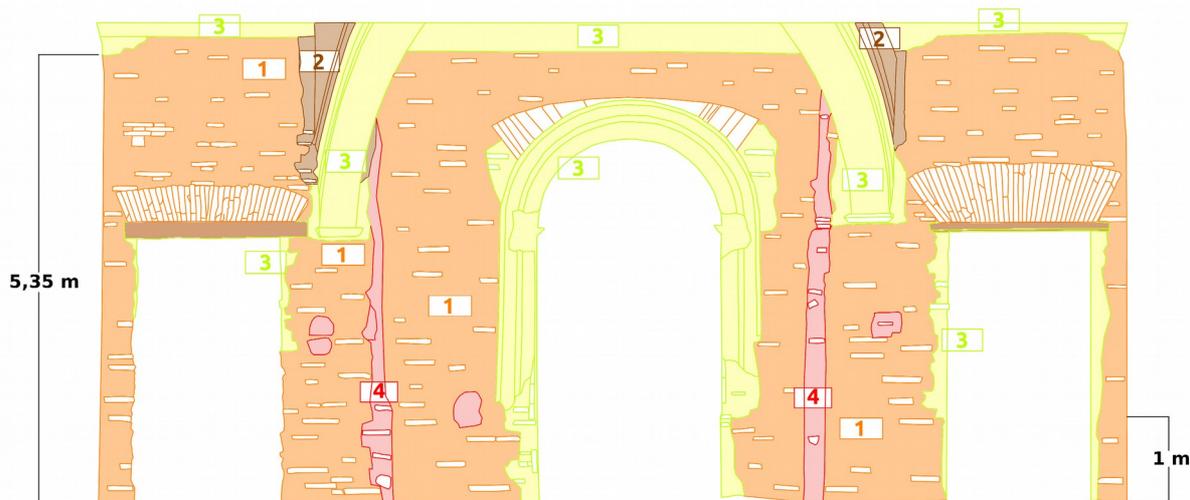
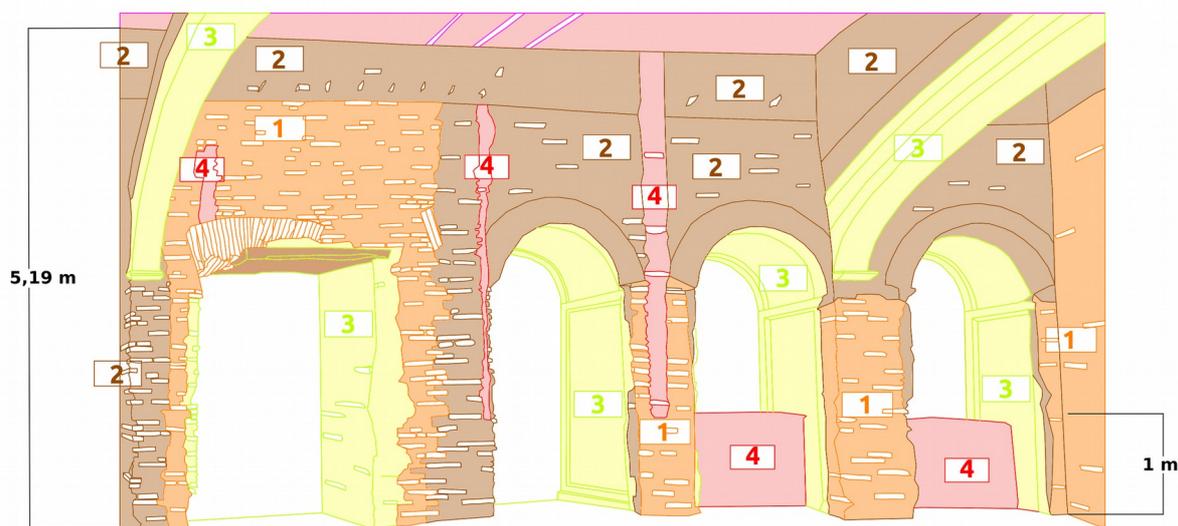


Figura 3. Sección n.º 1 y matrix Harris

3.2.B. Alzados y secciones más representativos. Asentadas las tres edificaciones principales del inmueble, lo que vamos a hacer a continuación es explicar la evolución del edificio a partir de los ejemplos más representativos de cada una de las tres plantas de la casa. En primer lugar mostraremos las secciones más relevantes, y posteriormente, apoyándonos en estos ejemplos, detallaremos qué nos cuentan éstos sobre la evolución histórica del inmueble en su contexto inmediato.

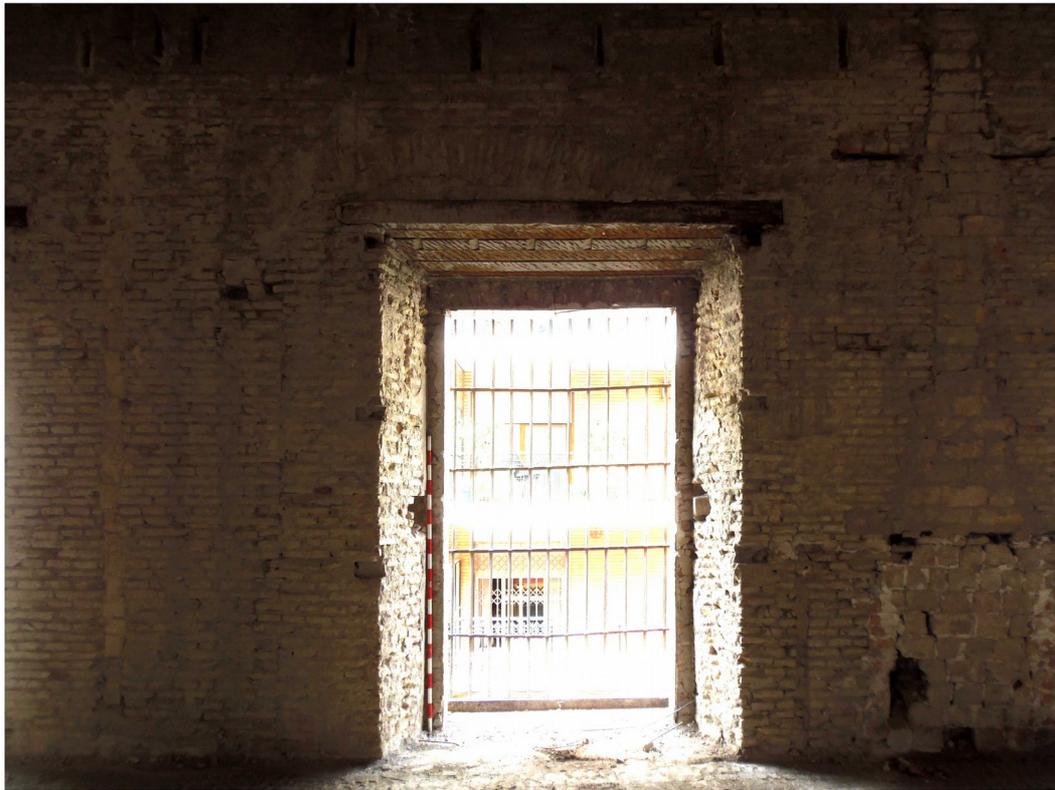


SECCIÓN 3: PRIMERA CRUJÍA. PLANTA BAJA: SALIDA AL PATIO.



SECCIÓN 12: 1ª PLANTA. SALIDA DE LA ESCALERA PRINCIPAL

Figura 4. Secciones 3 y 12



SECCIÓN 6: 1ª PLANTA. VENTANA DE FACHADA, EXTREMO ORIENTAL

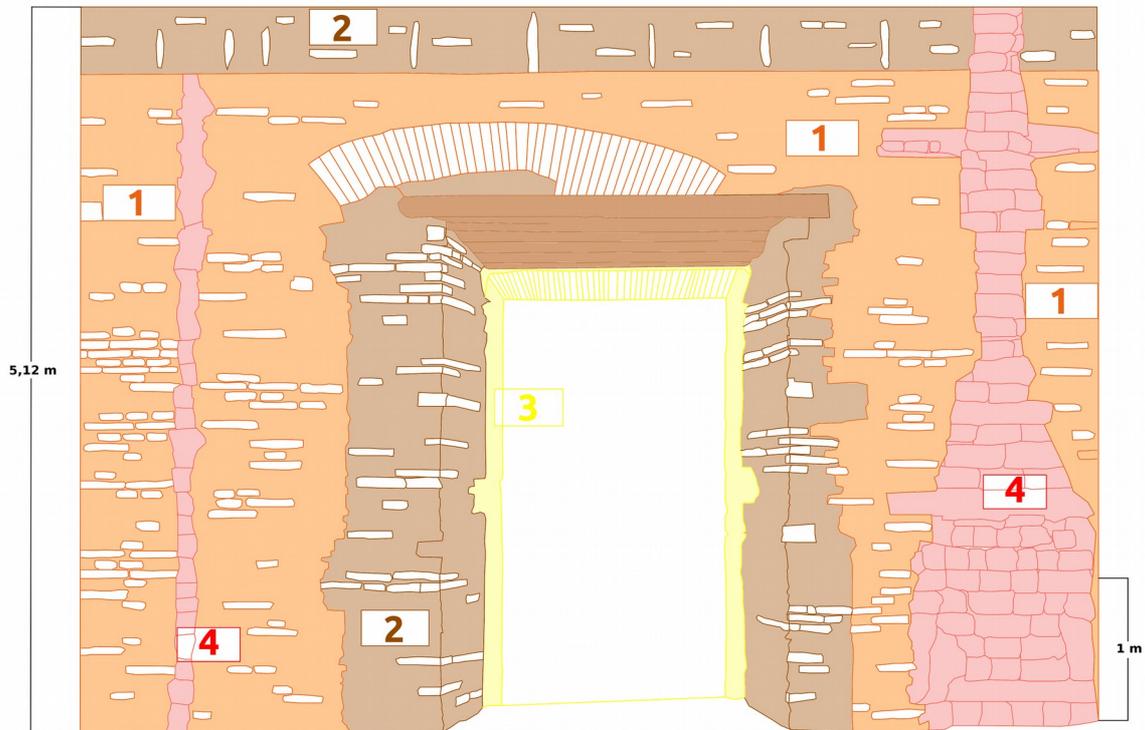
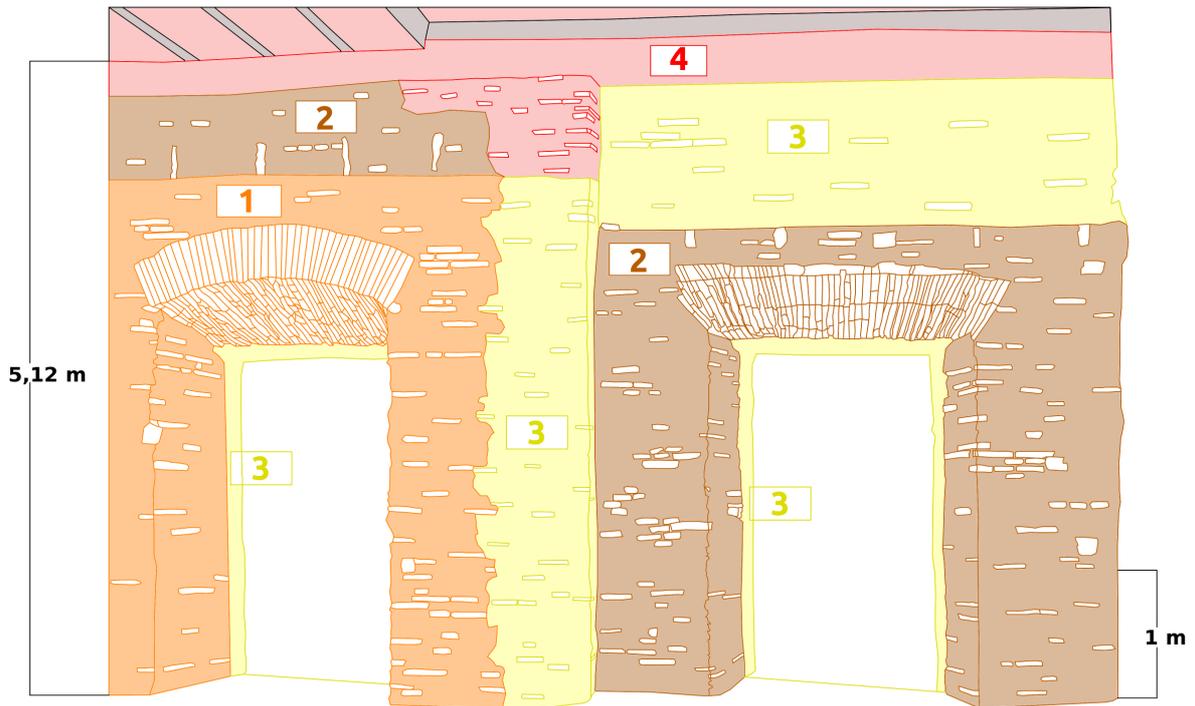
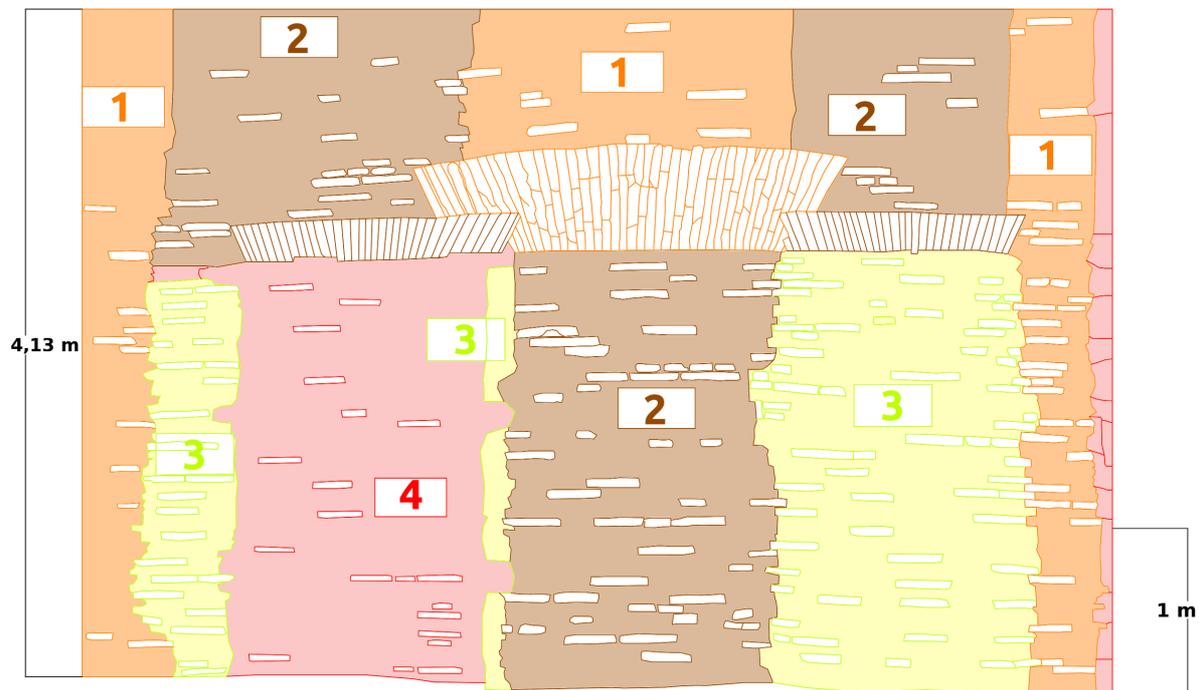


Figura 5. Sección 6



SECCIÓN 8: 1ª PLANTA. VENTANAS DE FACHADA, EXTREMO OCCIDENTAL (ANTIGUO CALLEJÓN COLMATADO)



SECCIÓN 9: 1ª PLANTA. ACCESO CENTRAL A CRUJÍA INTERIOR

Figura 6. Secciones 8 y 9

Vaya advertido que en estos ejemplos no se reflejan las relaciones estratigráficas de modo estricto, sino que se han agrupado por fases bajo las tres edificaciones principales (1-3 en las imágenes), con la presencia puntual del grupo 4 recién descrito líneas arriba (*supra*). Sólo en el caso de la Fig. 3, hemos querido ilustrar un ejemplo completo, representativo además de toda la historia del edificio, de modo estrictamente estratigráfico.



Figura 7. Hueco de la escalera primitiva en caja (Fase I), aprovechado posteriormente por una de las escaleras de servicio de la Fase III, ya demolida en esta imagen

3.2.C. La evolución de la casa nº 26 a partir del análisis de estructuras emergentes

Fase 0 (ca. 1740-1770). Bajo esta denominación hemos recreado lo que creemos fue la situación previa del solar actual y zonas aledañas (Fig. 8), entre las reformas acometidas en época de Olavide y sus sucesores y la construcción del primer inmueble (Fase I, Fig. 9). Obviamente esta estimación no procede de análisis paramental alguno, más allá de la constatación de que los muros de la primera fase apoyan en la medianera del nº 24. Esto, unido a la cartografía histórica, la secuencia estratigráfica del sótano y las formas fosilizadas de las medianeras, nos lleva a la propuesta recogida en la Fig. 8.

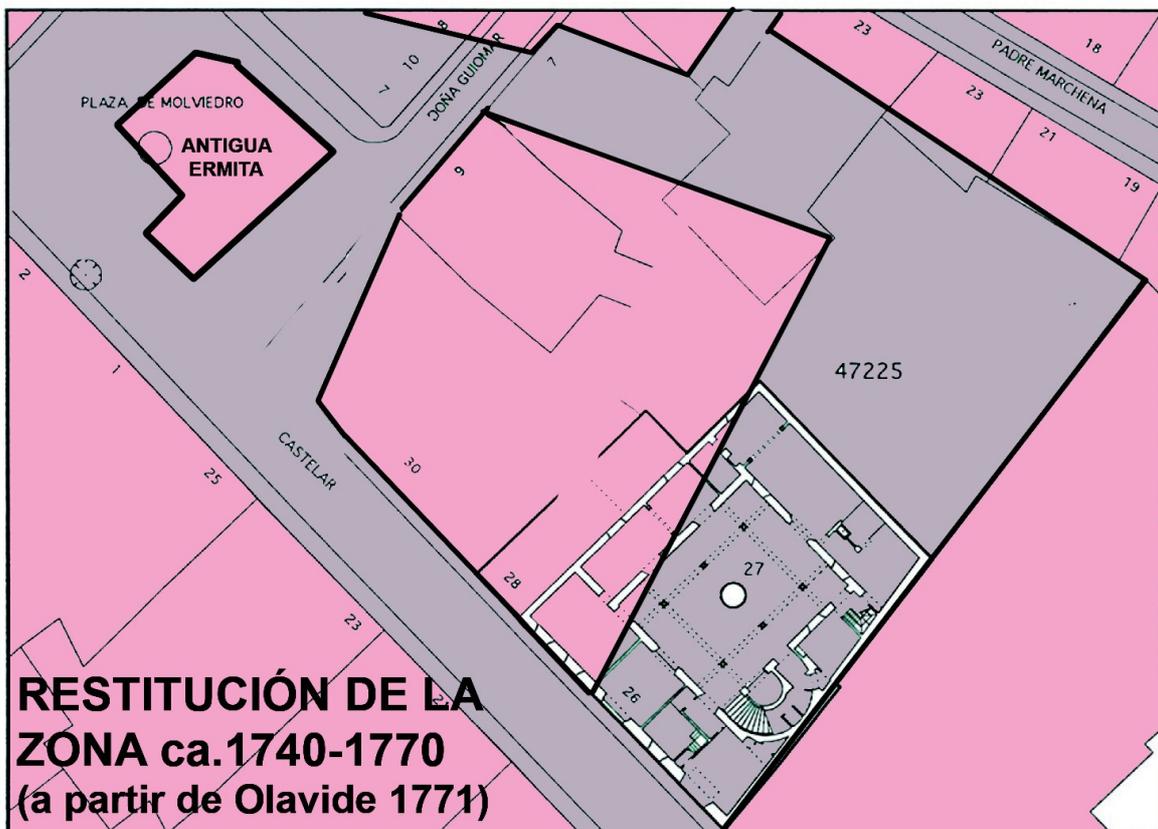


Figura 8. Estado previo del solar antes de la construcción de la casa palacio del nº 26

Fase I (ca. 1820-1860). Aparte de las recién mencionadas estratigrafía y cartografía histórica, la evolución material del edificio realmente deriva del análisis de estructuras emergentes, ya que corresponde plenamente a la edificación tipo 1 descrita más arriba (*supra*). La morfología aproximada del inmueble aparece en la Fig. 9. A decir verdad sabemos de esta

casa con Molviedro a cuenta del mantenimiento como público del antiguo adarve (Ollero, 2012: 114).

En todo caso, las ventanas que originalmente daban a este espacio, formaban un vano completo hasta el nivel de suelo, e incluso no es descartable que alguna haya funcionado originalmente como puerta lateral de acceso desde el callejón o adarve. No cabe duda, por tanto, de que este muro debió funcionar como fachada occidental de la casa durante esta primera fase.

b) De la existencia de este antiguo callejón concluimos que la fachada primitiva contaba, por tanto, con 5 vanos en la planta baja y 5 en la planta primera, a diferencia de los 6 actuales, ya que el sexto corresponde a la fase II (*infra*). Sin embargo, la puerta principal ya era la actual (Fig. 3), mientras que los dos vanos entre ésta y el nº 24 sufrirían drásticas reformas posteriores (*infra*) (Fig. 3). Tampoco podemos saber a ciencia cierta la disposición original de esta primera crujía, puesto que los tabicados divisorios corresponden, igualmente, a la fase II y sus profundas reformas estructurales.

c) Desconocemos la morfología original del patio, pero en todo caso, la edificación de las arcadas actuales corresponde a las fases II-III (*infra*) y se adosan a la fábrica primitiva de la fase I. Podemos asegurar al menos que el hueco de escalera primitivo, en caja y no en espiral como el actual, se encontraba justo a la izquierda de este último (Fig. 7), algo que atestigüamos tanto en la planta baja como en la primera (Fig. 4; secc. 12). Todo apunta, por lo tanto, a un patio posiblemente mucho más diáfano y carente de pórticos, o al menos, con un aspecto aparentemente más funcional que señorial.

d) No podemos asegurar si la parte trasera del inmueble pertenecía o no a la casa, pero ciertamente el patio actual estaba comunicado con las crujías posteriores -actualmente, el nº 28- a través de dos grandes vanos similares a los de la puerta principal (Fig. 3) y el del acceso al patio desde la primera crujía (Fig. 4, secc. 3), que fueron tapiados posteriormente. Por tanto, se adivina que ya en esta fase I todo el solar posterior pertenecía a la misma casa, como área de servicio (cochera, caballerizas y oficinas) (Ollero, 2012: 114-116), marcando sin embargo dos espacios funcionalmente muy diferentes que han perdurado en la actualidad como dos realidades físicas separadas.

e) Por último, la planta ático no existía como tal. La crujía de fachada contaba con una cubierta a dos aguas que se había conservado tal cual hasta la actualidad. Las demás crujías alrededor del patio sin duda contarían con un tipo de cubierta similar, reservando este espacio para las clásicas buhardillas. También parece que la casa de la Fase I era más alta que su vecina del nº 24, ya que en el ático, a diferencia de lo que sucede en las plantas inferiores, sí se conserva un muro de carga propio de la casa nº 26 sobre el cual se apoyaban las cubiertas, es decir, parece que se recreó el muro medianero original con fábrica propia para realizar un correcto encaje de los tejados a dos aguas. Todo esto lo sabemos por cuanto parte de esta fábrica primitiva, incluyendo algunos ventanucos posteriormente tapiados, se han conservado en los paramentos, tanto en la crujía delantera, como en las traseras. Estas ventanas sólo tendrían sentido si el edificio del nº 26, al menos por un tiempo, fue más alto que el vecino nº 24, y además nos ilustran a la perfección sobre la morfología y altura primigenias del inmueble de la Fase I (Fig. 9).

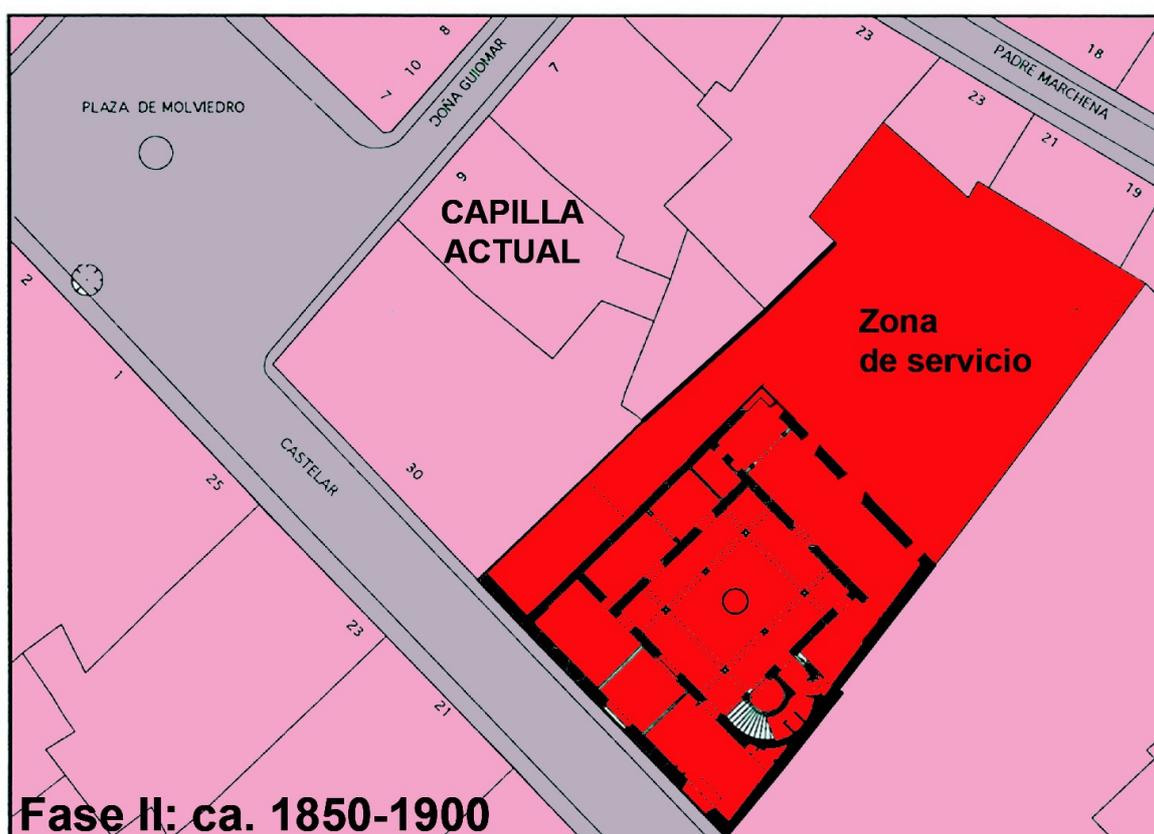


Figura 10. Casa de Castelar nº 26 durante la Fase II (ca. 1850-1900).

Fase II (ca. 1850-1930/1930). Esta fase se corresponde por lo general con la edificación tipo 2 (*supra*). Decíamos más arriba que podíamos datarla, al menos en su inicio, gracias a que en el plano de Álvarez Benavides, publicado en 1868 (Cortés *et al.* 1992), aparece por vez primera el entorno de la casa palacio en su estado actual. Es decir, con la plaza de Molviedro reformada y la capilla en su emplazamiento definitivo, una vez demolida la ermita más antigua que ocupaba el centro de la misma (sección 4, *infra*). Sólo en el plano anterior de 1848 perduraba el antiguo adarve, de modo que la reforma del inmueble debió producirse seguramente a lo largo de la década de 1850.

Por tanto, al calor de esta reforma, es cuando apreciamos que la casa nº 26 colmata el callejón precedente (Figs. 8-9) y ocupa del todo los antiguos espacios abiertos que se habían conservado de forma residual (*supra*). Son, pues, rasgos definitorios de la fase II:

a) La ampliación de la línea de fachada hasta la actual casa nº 30. La huella de esta ampliación no sólo es visible en el adosamiento de la edificación de tipo 2 a la primitiva fachada de tipo 1 y a la medianera, sino en la morfología adintelada de las nuevas ventanas frente a las abocinadas anteriores (Fig. 6, secc. 8). Pero además esta ampliación no sólo implicó la total desaparición de la calleja precedente, sino que obligó a una reforma integral del resto de la fachada, puesto que, para mantener una cierta simetría, se modificaron drásticamente varios de los vanos de la planta baja y de la planta primera (Figs. 3, 5 y 6). Nótese no sólo cómo modifican la morfología de los vanos de abocinados a adintelados, sino que se fuerza un desplazamiento de las ventanas, para lo cual, por un lado recrecen una de las jambas primitivas y, por el otro, pican y socavan el paramento original de la fase I para mantener su anchura sin afectar a la buscada simetría neoclásica (especialmente visible en la Fig. 5).

Pese a este esfuerzo notable, en la actualidad sigue siendo muy perceptible esta ampliación de la fachada hacia el antiguo adarve, actualmente el acceso al n.º 28, aun cuando el voladizo que lo cubre sigue perteneciendo al n.º 26.

Curiosamente, empero, esta reforma no afectó ni a la puerta principal (Fig. 3), ni a los demás vanos anteriores entre ésta y la nueva ampliación. Seguramente, con el cambio forzado de los demás, más la creación de la nueva ventana sobre el antiguo callejón, era ya suficiente para el objetivo deseado.

Aunque la puerta principal no sufriera cambios drásticos en su morfología, podemos asegurar que fue en este momento cuando adquirió su aspecto definitivo, tanto por dentro como por fuera. Los mármoles de fachada y, sobre todo, las yeserías del vestíbulo, datan de esta época, por cuanto los tabiques que definen este espacio -y sobre los cuales se montaron los citados mármoles y yeserías- se añadieron tras la reforma de la fachada (Fig. 3). Es obvio, por tanto, que al forzar una reforma tan drástica de la fachada esto debió tener consecuencias en la distribución interior de la primera crujía, de forma que aparecieron la mayor parte de las tabiquerías que definen las estancias conservadas hasta la actualidad, tanto en la planta baja como en la primera.

b) La reforma integral del patio y el hueco de escalera. Decíamos, al referirnos a la fase I (*supra*), que desconocemos la morfología original del patio, pero lo que sí sabemos a ciencia cierta es que en este momento se construyeron las arcadas y galerías conservadas en la actualidad (con las posteriores reformas y enlucidos de la fase III, *infra*). Estas arcadas se adosan o rompen a la fábrica original del patio (Fig. 4, secc. 3), un patio sin duda reformado no tanto por el cambio de disposición forzado por la nueva fachada, como por el afán de construir una mucho más amplia y suntuosa escalera en espiral, recubierta de mármoles y yeserías más acordes al gusto y la moda de mediados del Ochocientos. Probablemente de esta época es también la fuente de mármol del patio, así como los restos de las atarjeas que la nutrían y que aparecieron durante la fase de movimiento de tierras (*supra*).

Por su parte, además, la construcción de la nueva escalera en espiral implicó:

-En primer lugar, la desaparición del hueco de escalera anterior, cuyas huellas aún son claramente visibles sobre todo en la primera planta (Fig. 4 secc. 12) y en la Fig. 7. Esta antigua escalera sería en caja y mucho más modesta, tal vez demasiado para los gustos burgueses del siglo XIX.

-El picado y derribo de buena parte de los muros de carga de las plantas baja y primera para acomodar la nueva estructura. La huella de esta operación es particularmente palpable en la Fig. 4 secc. 12, donde apreciamos cómo la edificación de tipo 2 se encastra de manera muy drástica en los muros precedentes de la fase I, que, en todo caso, se procuran aprovechar al máximo.

-Esta nueva escalera, concebida con una escenografía más señorial para impresionar al visitante, estaba rematada por una semicúpula vaída que sobresaldría por encima de las cubiertas primitivas. Esto obligó a recrecer los tejados anteriores en todo el costado medianero con el nº 24, para así acomodar la parte superior de la escalera en espiral y la estructura portante de la semicúpula.

c) Las profundas reformas de la fachada y del patio se reflejan, igualmente, en el rediseño de la distribución de diversas estancias de ambas plantas. Así, por ejemplo, en la Fig. 6 secc. 9 apreciamos el tapiado de algunas puertas de la fase I en favor de vanos adintelados completamente nuevos practicados en los muros de carga. El edificio parece contarnos cómo la ampliación y colmatación de la antigua calleja (Fig. 6, secc. 8) de alguna manera forzó un cambio en la axialidad, simetría y distribución de todo el inmueble, que se refleja en esta reforma generalizada de puertas, ventanas y tabicados que generan una distribución renovada a través de la creación de nuevas estancias.

d) No menos llamativa es la reforma que afecta a la comunicación entre la última crujía actual y la parte posterior de la casa, hoy perteneciente a otra propiedad (el nº 28; Fig. 1). Se documentó la apertura de una nueva galería con arcos de medio punto sujetos por columnas o pilastras para acceder -al menos en la planta primera- al porticado de un segundo patio. Esto sugiere, por tanto, que las reformas crearon un espacio relativamente diáfano entre un patio y otro, que así quedarían unidos a través de una serie de columnas y arcadas que buscarían un efecto escenográfico de mayor profundidad.

Por tanto, en esta fase apreciamos que se potencia no sólo la escenografía de un patio delantero y su escalera totalmente reformadas, sino que se busca una mayor sensación de profundidad, de conexión visual con el segundo patio o pórtico posterior.

e) Reformas tan drásticas explican que la mayor parte de los forjados de madera conservados hasta hoy daten de esta fase. Esto no sólo lo sabemos por la lógica de las reformas mencionadas, que obligarían a cambiar tantas cubiertas, sino sobre todo porque se apreciará en las Figs. 3-6 que sobre la fábrica de la fase I, se documentan de manera frecuente recrecidos o refuerzos de la fase II, precisamente para acomodar las vigas de los nuevos forjados.

En definitiva, la fase II no sólo es clave para entender la morfología urbana del inmueble en su entorno, sino que constituye el momento en que se planifica la conversión de la casa preexistente en una auténtica casa palacio, si no tan suntuosa como otras, al menos acomodada al gusto burgués de mediados del siglo XIX: nueva fachada, mármoles blancos, arquerías y yeserías, una nueva escalera en espiral, una escenografía más axial y translúcida entre el patio delantero y el patio o pórtico posterior, etc. Si existe un momento en que la casa tuvo un aspecto más palaciego, fue sin duda durante esta fase II.

Fase III (ca. 1900/1930-actualidad). Ajustada esencialmente a la edificación de tipo 3 en sus inicios, acoge también todas las reformas, reparachos e incluso destrucciones posteriores hasta el día de hoy (Fig. 11).

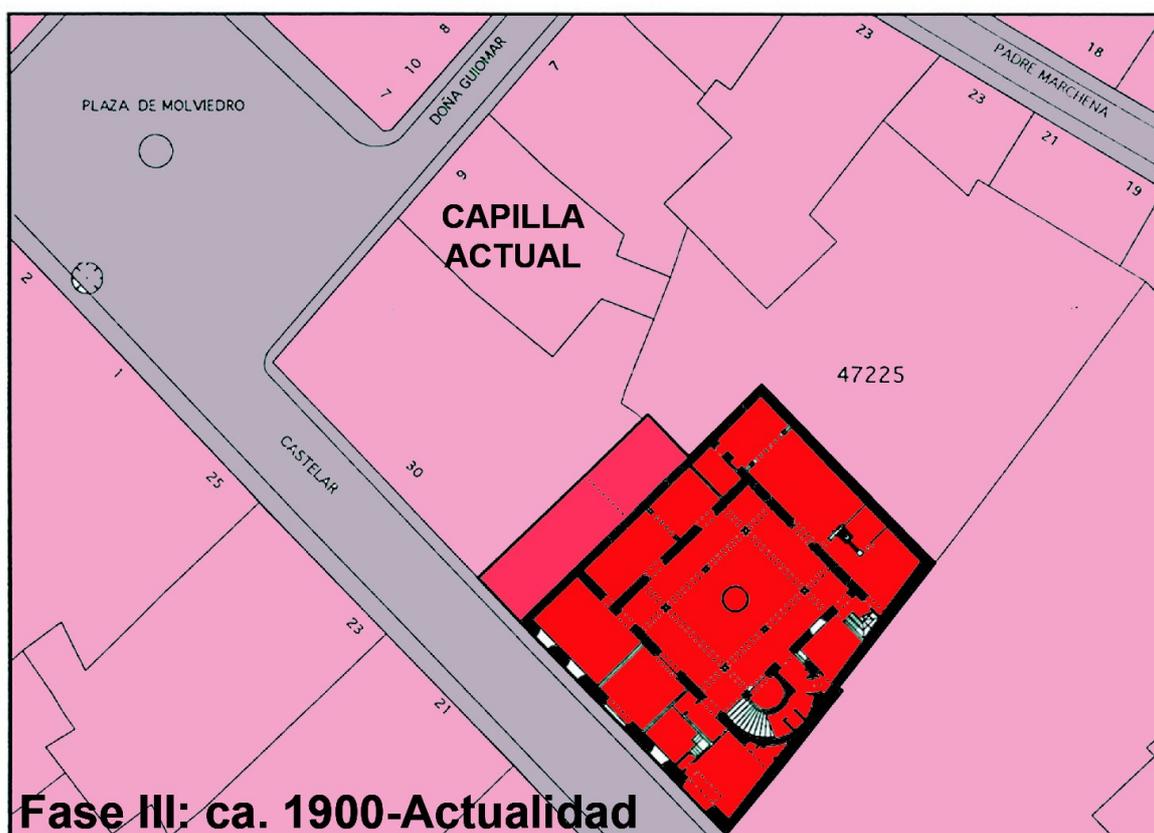


Figura 11. Casa de Castelar nº 26 durante la Fase III (ca. 1900/1930-hoy día).

Más allá de estas posteriores reformas parciales y labores de mantenimiento, lo que define esta tercera y última gran fase constructiva es:

a) La enajenación de la parte trasera de la casa, el actual nº 28. La pérdida de la parte posterior exigió ceder un pasillo de acceso a los nuevos propietarios, aunque se conservaron las habitaciones de la planta primera en voladizo y se crearon otras nuevas en el ático (*infra*). Según F. Ollero esta segregación debió producirse en la segunda mitad del siglo XIX (Ollero, 2012: 116), aunque a nuestro juicio parece más razonable retrasarlo a los primeros años del siglo XX.

Esta operación, aparte de ser visible por cuanto sigue siendo la situación presente, acarreó una serie de cambios estructurales en el edificio:

-Las antiguas ventanas de la planta baja que dan al pasillo de acceso del nº 28 (el antiguo callejón) parecen ser modificadas para ganar en intimidad o incluso cumplir alguna norma de servidumbre de vistas. Se recrecen los muros de forma muy notable y se convierten en las ventanas altas que vemos en la actualidad.

-Se tapian de forma definitiva los accesos y todo tipo de vanos hacia la parte trasera, entre ésta y la crujía de fondo del primer patio. Esta operación es visible en todos aquellos vanos que no habían sido tapiados anteriormente, pero sobre todo es muy palpable en el cegado de las arquerías construidas en la fase precedente.

b) Sin duda alguna para compensar la pérdida de la mitad trasera de la parcela, se decidió construir la actual planta ático. Esta planta es íntegramente de la fase III, excepto por los rastros visibles de las fases anteriores ya descritos más arriba (*supra*). Tan sólo la cubierta original a dos aguas de la primera crujía fue respetada, mientras que las demás fueron desmontadas para acoger las nuevas habitaciones, sin duda destinadas al servicio doméstico. El añadido de esta planta adicional tuvo además otras tres consecuencias:

-La construcción de dos nuevas escaleras de servicio, de las cuales una permite subir desde la planta baja directamente al ático, mientras que la otra arranca desde la primera planta. Estas escaleras no habrían sido necesarias antes, tanto porque la zona de servicio estaba en la parcela trasera y desde ella se accedería a la parte residencial, como porque la planta ático no existía previamente, de forma que a partir de entonces se acomodaría en ella a la servidumbre.

-Los cierres de cristal de la primera planta, así como la montera, remates y demás elementos ornamentales del ático, debieron ser añadidos entre 1900 y 1930, aproximadamente.

-Por último, la consciencia de que esta reforma suponía un gran peso adicional sobre los muros y cimientos antiguos, exigió el refuerzo de algunos elementos portantes. Estos refuerzos son particularmente visibles en las arcadas del patio y del pórtico de la primera planta: bajo los arcos de la fase II se añaden otros nuevos de refuerzo y posteriormente son revocados para disimular la operación, dando como resultado ese aspecto de “arcos dobles” que vemos en toda la construcción actual (Fig. 4).

Los forjados de la planta primera fueron sustituidos por bovedillas de ladrillo sobre vigas de hierro en los puntos más afectados por el nuevo ático, sobre todo, en los corredores perimetrales de los pórticos alrededor del patio.

En la planta baja, estos refuerzos motivaron una segunda reforma del hueco de escalera; el pilar forrado de mármol sobre el que apoyan los arcos de acceso a la misma, está alineado con los refuerzos de la fase III, pero en absoluto con los arcos de la fase II, de manera que el soporte original tuvo que ser sustituido por otro. La consecuencia más fatídica de este cambio es que el arco de la fase II que cabalgaba entre una de las columnas del patio hacia el apoyo primitivo, quedó descentrado y descarga en perpendicular todo su empuje sobre una parte del muro claramente no preparada para ello, máxime cuando al otro lado ningún contrafuerte, arco o refuerzo de cualquier tipo contrarresta la presión de este elemento, lo cual ha generado problemas estructurales muy serios en el hueco de escalera y su entorno.

Imaginamos asimismo que buena parte de los revestimientos de mármol de la escalera debieron ser sustituidos o modificados tras estos cambios.

c) En fin, otro rasgo de esta fase es la reforma sistemática de todos los vanos heredados de la fase anterior. Los que no fueron tapiados vieron sustituidos sus abocinados y antiguos dinteles de ladrillo por otros de madera, que además se acompañan de nuevas carpinterías (Figs. 3-6). En otras ocasiones, atendiendo a una mayor segmentación de los espacios para acoger nuevas comodidades (vestidores, baños, etc.), se abrieron otros vanos totalmente nuevos, especialmente en la planta primera. La construcción de nuevas instalaciones se refleja asimismo en la proliferación de tuberías, bajantes y otros elementos

cuyas huellas se conservan en prácticamente todos los muros de carga de la casa (Figs. 3-5, por ejemplo).

En resumen, la fase III dotó a la casa palacio, con leves modificaciones posteriores, de su actual aspecto. Esta fase testimonia un evidente empobrecimiento progresivo de sus propietarios, con elementos de una decreciente calidad constructiva, al tiempo que la casa se iba adaptando -en la medida de lo posible- a las nuevas comodidades ofrecidas por el siglo XX.

4. Conclusiones: la casa palacio de Castelar nº 26 como testigo de las transformaciones del barrio histórico de la Laguna.

Hasta ahora hemos visto cómo la casa nº 26 de la calle Castelar evidencia, debido a su situación clave para la historia del barrio, los cambios principales de la zona entre al menos 1771 -cuando se inicia la cartografía histórica moderna de la ciudad- y 1868, cuando se constata que la calle Castelar y la plaza de Molviedro ya habían configurado de forma definitiva su morfología actual.

La zona sufrió su primera gran reforma en época del ilustrado peruano Pablo de Olavide, Asistente Real de la ciudad entre 1767 y 1776 (Morales Padrón, 1977). Antes de caer en desgracia y ser procesado por la Inquisición, mandó demoler y rehacer de nueva planta el antiguo barrio de la Laguna, hasta entonces mancebía secular de la ciudad y zona deprimida e insalubre tendente al encharcamiento, de donde toma su denominación histórica. Los lugares abiertos acogían con cierta regularidad un mercado, suprimido con la reforma urbana, que contribuyó además a la pervivencia de estos espacios intramuros hasta una fecha tan tardía.

Olavide encargó la tarea primero a Francisco de la Peña Ramírez y luego a Manuel Prudencio de Molviedro, para que construyeran hermosos edificios y una calle larga como centro del nuevo barrio que se llamó primero de Olavide, después calle de la Laguna, de Molviedro, y hoy Castelar (Cortés *et al.* 1992):

“Una de las grandes realizaciones urbanísticas del Asistente Olavide es el nuevo barrio construido sobre los solares de la antigua Mancebía (La Laguna), entre la Pajería y la Puerta del Arenal. Fue comenzado en 1772, bajo las órdenes del arquitecto Molviedro, y terminado en 1778. De lugar vitando,

cobijo del vicio y de la miseria, fue transformado en amplias calles y dignos edificios que conocemos hoy” (Aguilar Piñal, 1982: 89-90).

El nuevo barrio quedó integrado en el Cuartel A, barrio 2º de la ordenación territorial que elaboró Olavide de la ciudad (1771) (Cortés *et al.* 1992). La reurbanización pues “*consiste básicamente en la regularización del antiguo vacío de mercado creándose la actual plaza de Molviedro, la eliminación de revueltas en la calle Piñones (Padre Marchena) y la apertura de una calle totalmente recta que comunica la nueva plaza con la Puerta del Arenal*” (Vioque Cubero *et al.*, 1987). En esa calle, hoy Castelar, en el solar de los actuales números 15-19 construyó su palacio don Manuel Prudencio de Molviedro, hoy desaparecido.

Tal y como hemos señalado más arriba, el proceso de reurbanización del barrio de la Laguna estuvo lejos de ser rápido y ordenado, algo que tanto la cartografía histórica como la secuencia estratigráfica y edilicia de la casa nº 26 testimonian sobradamente (*supra*). Ya hemos visto cómo la casa no pudo ser construida mucho antes de 1780/1790, ya que estratigráficamente es necesariamente posterior a esa fecha, y tampoco el plano de 1771 permite afirmar que la casa existiese por entonces (Fig. 8). F. Ollero señala que D. Pedro de la Cuesta había adquirido el solar hacia 1770 o 1771, iniciando su construcción en 1772 y datando su terminación en 1775 (Ollero, 2012: 112).

Sin embargo, la cloaca que discurre bajo la casa actual sí podría pertenecer a la etapa de Olavide o sus inmediatos sucesores. Los rellenos asociados a esta estructura indican que su construcción se hubo de realizar a cielo abierto y que ésta se remonta aproximadamente al tercio central del siglo XVIII. Su factura y dimensiones nos sugieren que se tratase de una gran cloaca de drenaje más que de aguas fecales, y esto encajaría plenamente con unas labores de desecación y saneamiento de la zona previas a la urbanización encargada al arquitecto Molviedro. Si a esto añadimos la certeza documentada de que el solar del n.º 26 estuvo libre hasta al menos 1772 (Ollero, 2012), y que aún el plano de Olavide de 1771 se aprecia el hueco entre los actuales n.º 24 y 30, no cabe duda de que la casa palacio de Castelar 26 fue la última en ser edificada en la calle primigenia.

Tras el cese de Olavide y su encarcelamiento por parte de la Inquisición, en 1776, la reurbanización comenzada continuó bajo los mandatos de los Asistentes don Francisco

Antonio Domezain y Andía y don Pedro López de Lerena, hasta la total terminación de las obras, sobre cuya fecha exacta existen discrepancias.

En el plano mandado realizar por Olavide en 1771 aparece una plaza con el nombre de *Compás de la Laguna* en la zona actual de la calle Gamazo, mientras que la actual plaza de Molviedro no está rotulada, teniendo acceso por las calles de Molviedro (actual Castelar), Piñones (actual Padre Marchena), Rosa, Rosilla y Palenque, actualmente Doña Guiomar.

En el mismo plano de 1771 vemos que en el centro de la plaza, donde hoy hay una cruz, se encontraba una pequeña ermita, bajo la advocación de “Nuestra Señora del Mayor Dolor”, que duró hasta la construcción de la actual capilla a mediados del siglo XIX. Prudencio Molviedro expuso hacia 1780 su proyecto de construcción de la plaza y de un palenque, a iniciativa propia, para vender “*pan, carne, bacalao, pescado, hortalizas y demás comestibles*” con la indicación de que la ermita sería derruida (Archivo Municipal, Sección 5). Sin embargo, aunque en el plano de 1848 (Cortés *et al.* 1992) la actual calle Castelar se rotulaba como calle de La Laguna y la plaza ya se denomina de Molviedro, aún apreciamos que ni la ermita había sido derruida ni la calleja en forma de L, donde en parte se ubica nuestra casa n.º 26 (*supra*), había sido suprimida, si bien parece tener unas dimensiones menores a las del primer plano de 1771. Esto nos debe servir también de alerta contra la tendencia de dar por seguras ciertas dataciones sólo a partir de evidencias documentales, ya que la materialidad de la casa n.º 26 y otros testimonios obligan a revisar algunas de estas tentativas.

En todo caso, entre 1848 y 1868 se culminaron las reformas urbanas de la zona. Esos dos años marcan el periodo en que desaparece la antigua calleja en L y la ermita de la plaza fue demolida y trasladada a su ubicación actual. Este último cambio permitió no solo culminar las reformas iniciadas hacia 1771, sino que, en el caso de nuestra casa palacio, supuso su momento de mayor esplendor y tamaño, que podemos adivinar a través de las potentes reformas de la fase II (*supra*), que debieron ser ejecutadas a lo largo de la década de 1850.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

AGUILAR PIÑAL, F. (1982): *Siglo XVIII. Historia de Sevilla Tomo IV*. Sevilla, Universidad de Sevilla.

ARCHIVO MUNICIPAL, Escribanía del Cabildo Sección 5, Libro 258, Leg 24 n °s 7 y siguientes.

CORTÉS JOSÉ, J., GARCÍA JAÉN, M^a J. y ZOIDO NARANJO, F. (1992): *Planos de Sevilla, colección histórica (1771-1918)*. Sevilla, Servicio de Publicaciones del Ayuntamiento de Sevilla.

FICHA CASTELAR N^o 26, Catálogo de Edificios del Plan Especial de Protección del Conjunto Histórico de Sevilla. GMU del Ayuntamiento de Sevilla, 2012.

HUARTE CAMBRA, R. y SOMÉ MUÑOZ, P. (1995): “La cerámica contemporánea en el Cuartel del Carmen (Sevilla)”. Sevilla, *Spal* 4. 229-247.

LÓPEZ MACÍAS, R.; GARRIDO GONZÁLEZ, P.; RODRÍGUEZ MELLADO, J. y HERRERA JIMÉNEZ, M. (2015): “Control de movimiento de tierras del reformado del proyecto para la rehabilitación de la casa palacio sita en la calle Castelar n^o 26 (Sevilla)”. *Anuario Arqueológico de Andalucía 2015*, Sevilla (en prensa).

OLLERO LOBATO, F. (2012): *El barrio de la Laguna de Sevilla. Diseño urbano, Razón y burguesía en el Siglo de las Luces*. Sevilla, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Sevilla.

RUIZ GIL, J. A. (2010): *Arqueología en la Bahía de Cádiz durante la Edad Moderna*. Huelva, Universidad de Huelva (publicación online).

VIOQUE CUBERO, R.; VERA RODRÍGUEZ, I.M. y LÓPEZ LÓPEZ, N. (1987) *Apuntes sobre el origen y evolución morfológica de las plazas del casco histórico de Sevilla*. Sevilla, Ayuntamiento de Sevilla y Consejería de Obras Públicas y Transportes.